

DAVID CAMERON: EL REGRESO DE LOS CONSERVADORES BRITÁNICOS

El problema es que la gente todavía no se fía del Partido Conservador. Lo que tenemos que hacer es crear un cambio en la cultura y en la identidad del partido y explicar lo que significa hoy ser conservador.

David Cameron, Congreso conservador, Blackpool, septiembre de 2005.

Desde su elección a los 38 años como líder del Partido Conservador del Reino Unido en diciembre de 2005, siete meses después de la tercera victoria electoral consecutiva por mayoría absoluta de Tony Blair al frente del *Labour Party*, David Cameron encabeza con comodidad prácticamente todas las encuestas frente al premier laborista y saca un amplio margen al probable, por eterno, sustituto de Blair, el actual canciller Gordon Brown. Cameron es el cuarto líder *tory* desde que John Major, el sucesor de Margaret Thatcher, dimitió tras perder las elecciones en 1997 frente a Blair y es el primero de los cuatro que ha conseguido situar a los conservadores por delante de los laboristas en intención de voto.

¿Cómo ha conseguido Cameron ganar, y, lo que es más interesante, mantener, tras su inicial baño mediático como joven y novedosa promesa, tanta credibilidad? Hijo de un exitoso agente de bolsa y de una aristócrata, y también casado con una aristócrata, y educado en Eton y en Oxford según el patrón de la más granada élite británica, Cameron es, sin duda al-

Tom Burns Marañón es periodista.

guna, listo y decidido como el solo. Su pedigrí, que era el ideal para escalar los puestos más altos de la política en el Reino Unido de hace setenta años, es, no obstante y sobre el papel, toda una desventaja a la hora de pedir el voto en una sociedad desclasada y diversa, multiétnica y multicultural. ¿Cómo ha conseguido Cameron volver a hacer relevantes a los *tories* hasta el punto de que son ellos, y sobre todo su flamante nuevo líder, quienes, desde la oposición, marcan la agenda política nacional y se hacen con los titulares? Más que prolongada, la travesía por el desierto del Partido Conservador parecía tener como único destino su colectivo enterramiento final en una última tormenta de arena –una humillante derrota electoral más, por ejemplo, hubiera sido la puntilla para un Partido Conservador que estaba poco menos que agonizante hasta la irrupción de Cameron.

Al plantear tales preguntas, este ensayo avanza tres líneas principales de reflexión. La primera tiene que ver con la política de consenso que impera desde hace tiempo en Gran Bretaña y que, salvando algún que otro detalle de poca importancia, ha sustituido del todo a la confrontación entre la derecha y la izquierda que marcó la década de los ochenta, que fue la era de Margaret Thatcher. En aquellos años se libró la última batalla ideológica en el Reino Unido, batalla que ganó, dicho sea de paso, el liberal-conservadurismo. Ahora bien, y seguramente por el hecho de que esa victoria *tory* cambió el campo de juego, la política de consenso no es el resultado de un amplio acuerdo entre los dos grandes partidos británicos. El consenso se debe al hecho de que el llamado *New Labour* de Tony Blair se hizo con gran parte de la despensa política-económica –privatizaciones, desregulación, impulso a la competitividad, transparencia y buenas prácticas corporativas, y un largo etcétera– que habían acumulado los *tories*. El resultado de este asalto por parte del equipo de Blair a las esencias de los *tories* es que les dejó a los conservadores sin víveres para repartir. Los renovados laboristas de Blair robaron el guión que los *tories* habían creado para un país en crecimiento con empleo y oportunidades para todos.

Siguiendo exactamente este mismo guión y tales prácticas, Cameron ha podido con toda tranquilidad meterse en la despensa laborista. Cameron ha hecho suyos muchos de los platos sociales que los laboristas han ido elaborando durante sus largos años en el poder, añadiendo un aderezo liberal que

según su propio discurso hace más eficaz el consumo de cada uno de ellos. Cameron propone arreglar las grietas que han ido apareciendo en el comedor social que en su momento de gloria edificó el *New Labour* y sustituir los platos rotos de Blair con una nueva vajilla. Propone hacerlo sin entrar demasiado en los fogones y sin cambiar demasiado el menú. Cameron no toca la arquitectura social de Blair, lo mismo que Blair no alteró la económica de Thatcher. La consecuencia de esta política de consenso a la inglesa es que Cameron emerge como el sucesor natural de Blair lo mismo que Blair lo fue de Thatcher. Al igual que Blair, que reemplazó más de dos décadas de gobierno conservador, Cameron se aprovecha de la natural fatiga que invade a los votantes cuando un partido lleva mucho tiempo en el poder.

La segunda línea de reflexión se centra precisamente en las políticas sociales que Cameron ha convertido en el eje de la oferta electoral conservadora bajo el lema de *compassionate conservatism*, conservadurismo compasivo, lema que ya utilizó George W. Bush antes de que el 11-S lo cambiase todo. Tradicionalmente la aproximación de los *tories* al Estado de Bienestar partía de la desconfianza y lanzaba mensajes sobre la creación de una sociedad de dependientes, en el mejor de los casos, y de holgazanes, en el peor de ellos. El Partido Conservador solamente admitía que, en una sociedad avanzada, lo que cabía era una “red de seguridad” para recoger a los realmente necesitados que no se podían valer por sí mismos. Esto fue una aportación de Winston Churchill que Margaret Thatcher desarrolló con gusto. Cameron, por el contrario, no tiene empacho alguno en asumir la enseñanza y la sanidad públicas, las pensiones y las demás prestaciones sociales del *Welfare State*. Al hacerse con esta indiscutida seña de identidad del laborismo, Cameron añade varias huellas que solamente pueden proceder del liberal-conservadurismo. Habla de responsabilidad individual, de legítimas aspiraciones, de fomentar las oportunidades y de premiar al emprendedor. Ningún niño se “quedará atrás”, según la visión *compassionate* o compasiva de Cameron, pero tampoco ningún niño “será retrasado” por culpa de obsoletas y nocivas teorías de igualdad.

En el último análisis lo que propone Cameron es que sea la sociedad, ya sea a nivel individual o por impulso voluntario y espontáneamente colectivo, quien se haga responsable de la sociedad, y en este paquete mete

a la empresa privada y los pasos que ésta ha dado hacia la responsabilidad social corporativa. Las ONGs en el Reino Unido son realmente No Gubernamentales puesto que se apoyan en un tejido social que está bien cosido por los fuertes hilos de deberes y obligaciones que son propios de toda sociedad civil fuerte y que permiten una extensa red de voluntariado, su financiación y su práctica. La responsabilidad social corporativa, conocida como *Business in the Community*, el Negocio dentro de la Comunidad, forma ya parte de la cultura empresarial y va abriéndose camino dando muchos y muy certeros pasos multidireccionales. El terreno está más que abonado en el Reino Unido para responsabilizar a la sociedad de las políticas sociales y reducir el papel de las burocracias que frecuentemente entorpecen su funcionamiento y que siempre, y en todo caso, las encarecen. Al darle una vuelta tan actual y tan cívicamente comprometida al viejo edificio del *Welfare State* laborista, Cameron puede presumir de liderar un Partido Conservador moderno y amable. Antes, a tenor de los resultados electorales, los *tories* no eran ni lo uno ni lo otro.

La tercera línea de reflexión tiene que ver con las técnicas de *marketing* y de imagen mediática. Tony Blair y su equipo de *New Labour* lo dominaban a la perfección y Cameron, que antes de dedicarse de lleno a la política trabajó en un importante grupo audiovisual, Carlton Communications, también. Ejemplo de ello fue la decisión de Cameron, ya líder del Partido Conservador, de pasarse varios días entre los esquimales, y acompañado por un nutrido grupo de cámaras y reporteros, examinando el deshielo del Polo Norte. Hay pocas cosas que motiven los mejores sentimientos de la sociedad actual como el cambio climático, y Cameron se ha subido muy hábilmente a ese carro, en este caso a ese trineo. Bastaron unos muy pocos minutos de televisión delante de un visiblemente disminuido glaciar para cambiar la imagen de partido fosilizado que los *tories* se habían ganado a pulso a lo largo de los años. Otro agente movilizador es el África de las hambrunas y las epidemias y es de suponer que el equipo de Cameron ya le está preparando el necesario viaje. Por lo pronto Cameron, al poco tiempo de su elección como líder conservador le pidió a Bob Geldof, el archifamoso rockero humanitario, que formase parte de su equipo de asesores. Cameron explica que su prioridad en el África fallida no es tanto, aunque también, la totalitaria Zimbawe, la antigua *Rhodesia*, donde la ex-

pulsión de granjeros blancos despierta pasiones en la prensa *tory*, sino Darfur, que carece de las emociones nostálgicas del Viejo Imperio.

El discurso político moderno tiene que ser afin a las sensibilidades ecológicas y solidarias de la época actual y, guste o no, se construye a base de gestos que son adecuadamente traducidos en buenas imágenes para consumo general. Han de ser gestos de persona biempensante, “correcta” si se quiere, e imágenes limpias, claras y sinceras. El político ha de transmitir confianza y cercanía; tiene que hablar de nosotros en lugar de yo; ha de poder decir esto es en lo que creo y quiero que me acompañéis porque juntos podemos realizar la visión que compartimos. Hasta ahora todo indica que, gracias a su esmero por el *marketing*, Cameron está consiguiendo construir un más que adecuado discurso de gestos y de imágenes. De nuevo a juzgar por las encuestas, desde hace diez o más años nunca tantos británicos han creído tanto en un líder del Partido Conservador.

La meteórica carrera política de Cameron –ingresó en la Cámara de los Comunes en las elecciones de 2001 habiendo ganado el escaño para representar al antiguo pueblo de Witney, en el condado de Oxfordshire y en el corazón de Inglaterra– sólo admite comparaciones en la época moderna del parlamentarismo británico con la del propio Blair. Las similitudes, sin embargo, van más allá de una juvenil ambición y de parejos logros tempranos. La proyección política de Cameron sugiere que su posible llegada al poder –las siguientes elecciones han de celebrarse, como tarde, en el 2010– no supondría de modo alguno lo que los politólogos llaman un *cleavage* político, un rupturista “punto y aparte” como fue la irrupción de Margaret Thatcher para acabar con la *malaise* que marcó el Reino Unido en la década de los setenta. Muy al contrario todo indica que en la democracia actual británica, si bien pueden, y deben, alternar en el poder los dos principales partidos políticos, la acción de gobierno que desarrolla el ocupante del número 10 de *Downing Street* suele mostrar un alto grado de continuidad con la labor del anterior inquilino de aquella finca. De este modo Blair ha sido un claro heredero de Thatcher (John Major fue un mero intervalo) y Cameron se perfila, con un posible intervalo de Gordon Brown, como un fiel sucesor de Blair, tanto en términos de la gran política de Estado como de relevo generacional.

Hasta su inevitable declive –los políticos tienen una fecha de caducidad en torno a los diez años como máximo y todas las carreras políticas acaban en llantos y sollozos– Blair pudo mostrarse como un sincero, y además cercano y simpático, socialdemócrata por ser el centro izquierda su preferencia ética y estética pero también, y quizás sobre todo, gracias a su maestría mediática. Sin embargo, no es menos cierto que Blair mantuvo sin fisuras los dos referentes principales de la era de Thatcher: una acción exterior nítidamente atlantista, y por consiguiente un rechazo frontal hacia el federalismo europeo, y unas pautas económicas decididamente abiertas y liberales, apoyadas en la libra esterlina y apartadas del sistema monetario europeo primero y del euro después. Cameron, se mantiene, lógicamente, en ese mismo espacio político que sigue sin ser seriamente cuestionado desde que se fraguó en la década de los ochenta, pero, al igual que hizo Blair, introduce una sucesión de mensajes que demuestran una preocupación por lo social que durante los años de Thatcher, con su opción por un darwinismo puro y duro, brillaba por su ausencia en el Partido Conservador.

De la misma manera que Blair se apropió del marco de una economía de mercado que construyó Thatcher y no se le pasó por la cabeza recomponer la tradicional alianza del laborismo con el movimiento sindical, Cameron no tiene ninguna intención de frenar cualquier iniciativa social, puesta en marcha bajo los gobiernos de Blair, que se haya mostrado viable y cuente con una aceptación generalizada. Ha aprendido de Blair el valor del pragmatismo y comparte con él un profundo conocimiento de la importancia de los medios y una indudable habilidad para manejarlos. Como socialdemócrata, Blair puso la política de prestaciones sociales en lo más alto de su agenda electoral. Su programa, dijo en aquellas elecciones de 1997 que le lanzaron al poder, se podía reducir a tres palabras: educación, educación, educación. Cameron le plagia sin rubor alguno cuando dice que su prioridad política consiste en tres letras: N H S, es decir el NHS, que significa la *Nacional Health Service*, la Seguridad Social británica.

Tales similitudes entre los dos políticos no deberían sorprender puesto que los retos de cada uno de ellos fueron, y en el caso de Cameron son, muy parecidos. El de Blair en los años noventa fue convertir en elegible un

partido que era visto como extremista e irresponsable. El Partido Laborista consiguió por fin el poder después de más de tres lustros de gobierno conservador. El reto de Cameron es convertir en elegible un partido que es considerado extremista y bronco. El Partido Conservador lleva ya dos lustros en la oposición.

Blair se sacó de la manga la Tercera Vía y el *New Labour* para cambiar la percepción pública de un partido que, por apoyarse en la militancia sindical, plantear el desarme nuclear unilateral y reivindicar la autogestión, era llamado el *Loony Party*, el partido locoide. Cameron habla de *Compassionate Conservatism*, el conservadurismo compasivo, para limpiar a los *tories* de la imagen de derecha rapaza, chata e insensible y conseguir que dejen de ser tildados como miembros del *Nasty Party*, el partido desagradable. “Quiero que la gente se sienta a gusto (*feel good*) siendo conservadora”, explicó Cameron en un inteligentísimo y muy ensayado discurso al congreso anual de los *tories* en Blackpool, septiembre 2005, que le lanzó al liderazgo del partido.

Thatcher decía que su meta era la de hacer retroceder (*roll back*) las fronteras del Estado. Cameron dice que la suya es hacer avanzar (*roll forward*) las fronteras de la sociedad. Es una forma muy hábil, y además mucho más amable, de decir lo mismo: lo que se quiere es una sociedad grande y un Estado pequeño. Blair, que es todo menos un ideólogo del intervencionismo y del *dirigisme* francés, sea de izquierdas o de derechas, seguramente envidia la frase de Cameron porque podría perfectamente ser de su propia cosecha.

Al apropiarse de la agenda social del laborismo, Cameron ha tomado iniciativas sorprendentes para un político conservador británico al uso. Dice, por ejemplo, que le parecen muy bien, hasta el punto de que le inspiran, algunas de las ideas de una conocidísima columnista del periódico *The Guardian*, auténtico diario de referencia para la progresía del Reino Unido, llamada Polly Toynbee. Nieta del historiador Arnold Toynbee, Polly Toynbee es una auténtica musa del *New Labour* y escribe mucho sobre la pobreza desde el prisma de que ésta es relativa porque no existe un “corte” que designa que un determinado individuo o colectivo sea pobre. Toynbee,

la nieta columnista, utiliza la metáfora de la caravana. Ésta no tiene nada que ver con la que popularizó José Ortega y Gasset para teorizar sobre las generaciones, puesto que para Toynbee la caravana metafórica es la sociedad inclusiva que avanza a tal paso y de tal manera que nadie es expulsado de ella. Para Toynbee la caravana la conforman quienes aportan muchos víveres y quienes no llevan nada consigo, quienes tienen destrezas y quienes carecen de cualquier habilidad útil para el colectivo, quienes caminan a paso rápido y quienes, por problemas físicos o por edad, andan con mucha lentitud.

A Cameron todo esto le gusta mucho. Lo que le atrae de la caravana de Toynbee es que le permite acabar de golpe con el discurso tradicional *tory* sobre la pobreza según el cual ésta es medida en términos absolutos de acuerdo con los ingresos individuales y que lo que le incumbe a un gobierno es establecer una “red de seguridad” que recoja a los pobres de verdad, para los “sin techo”. Este discurso ya no es válido porque la pobreza hoy es reconocida como un término complejo, como la consecuencia y la suma de una mezcla de factores sociales; la pobreza se manifiesta de varias maneras, algunas no inmediatamente reconocibles, y se mide con distintas varas. La pobreza entendida en términos absolutos, y los intentos de atajarla como tal, muestran pereza intelectual e ineptitud política. El tradicional discurso *tory* ni es amable ni es electoralmente vendible.

La pobreza como concepto relativo abre la puerta a discusiones sobre viviendas infrahumanas y sobre la escasez de servicios y espacios públicos en barrios deprimidos y marginados, castigados por la delincuencia y la droga, lo que los ingleses llaman los *inner cities*, que generalmente tienen una importante población inmigrante. Y la abre a discusiones sobre colegios faltos de recursos que aseguran el fracaso escolar; sobre madres solteras sin apoyo familiar o cívico alguno, sobre viejos solitarios. El nuevo discurso conservador de Cameron enfatiza que lo que crea la pobreza no es solamente, aunque también, niveles muy bajos de rentas. Si esto fuese así, teóricamente se acaba con la pobreza elevando el salario mínimo y de hecho esta descerebrada teoría es muy querida por la izquierda locoide. La pobreza, hoy en día, o la exclusión y la marginación para utilizar palabras más actuales, es el resultado de fallos en serie en la familia, en el co-

legio y en el barrio que juntos excluyen de la caravana a un sector de la población. La metáfora de la caravana encaja bien con el discurso de que ningún niño quede “retrasado” –*no child left behind*– y que ninguna madre soltera y ningún viejo que vive solo se aleje de la retaguardia. Se discute, a fin de cuentas, sobre una larga lista de carencias que imposibilitan cualquier opción para aprovechar las oportunidades que brinda una sociedad abierta y liberal, dinámica y moderna. Un partido que se proyecta como moderno y cercano a la sociedad y que quiere erradicar la pobreza, tiene la obligación de elaborar políticas para la familias, tiene que invertir en la educación pública y mejorarla, y tiene que poner la integración social en lo más alto de su agenda política.

Desde su llegada al liderazgo del partido, Cameron ha dicho repetidas veces que los conservadores tienen que entrar en el campo social y ser relevantes, con ideas e iniciativas, en lo que por definición es una amplia reserva política del laborismo. Dice, para animar este debate, que el ideario conservador es capaz de ofrecer soluciones y salidas ahí donde se han sucedido los fracasos durante los largos años de Blair. Una nada edificante y hasta humillante muestra de la poca eficacia de las políticas integradoras de *New Labour* es la introducción de legislación para meter en cintura a los jóvenes *hooligans*, el llamado *antisocial behaviour order (asbo)*, que tiene indudables tintes autoritarios. Al denunciar esta política de mano dura, se le ocurrió decir a Cameron que el problema de estos delincuentes de la marginación era que estaban faltos de cariño, lo cual le ganó irónicos comentarios por parte del lobby laborista a tenor de que lo quería el joven dirigente *tory* era *hug*, o abrazar, a *hoodie*, siendo los *hoodies* el nombre que se les ha dado a estos *hooligans* de última hora por el *hood*, o pasamontañas, que suelen utilizar. En otros tiempos los predicadores de cariño hubieran sido Blair y compañía y les hubieran denunciado sin piedad los conservadores de la vieja escuela al grito de castigos ejemplares.

Al ofrecer soluciones, Cameron puede decir con cierta legitimidad que los conservadores son capaces de implementar reformas que Blair hubiera querido introducir y que el ala izquierdista del laborismo ha impedido. Es el caso de la educación, donde los planes de Blair para fomentar más calidad y rigor en la enseñanza y una mayor competitividad entre los alumnos,

separando los buenos de los que lo son menos, planes que fueron entusiastamente apoyados en el parlamento por los *tories*, fueron severamente diluidos por las bancadas laboristas en la Cámara de los Comunes, los siempre revoltosos *backbenchers*, donde hay una buena representación de doctrinarios del igualitarismo. El intento de Blair de reforzar la autonomía de los centros escolares, reduciendo el control que ejercen sobre ellos las autoridades locales, era una herejía en toda regla a ojos de la izquierda. Para los conservadores, los planes de Blair, sin duda mejorables, iban en buena dirección. Cameron, mientras tanto, ha introducido una nota personal y de indudable impacto en el siempre presente debate sobre la educación, al abogar con pasión por los colegios especiales. Al hacerlo, habla de su hijo mayor que nació seriamente discapacitado y cuyo centro escolar, que es público, corre el riesgo de ser cerrado para cumplir con las normativas de integrar a todos los alumnos bajo el mismo techo. De ganar las próximas elecciones, los conservadores mantendrán los colegios especiales.

Algo parecido ha ocurrido con los intentos, también fallidos, de Blair de introducir más eficacia, y reducir despilfarro, en la sanidad pública. Con su decisión de encabezar su manifiesto político con tres letras, N H S, Cameron ha hecho un serio intento de reconciliar a los conservadores con el *Nacional Health Service* y ha apoyado sin fisuras la iniciativa de Blair de “independizar” los hospitales públicos, haciéndoles responsables de su propia gestión, y de explorar posibles combinaciones entre la sanidad pública y la privada. La iniciativa de Blair fue, como es de suponer, frenada en seco por su partido y será Cameron, cuando llegue, si es que llega, al poder quien como digno heredero de Blair avance por ese camino. Los crecientes desencuentros de Blair con los parlamentarios laboristas –su imperdonable pecado ha sido ser tan fiel aliado de los Estados Unidos que ni George Bush se lo puede imaginar– facilitan la labor que ha emprendido Cameron de lanzar su *compassionate conservatism* como una opción válida y sensata. Mientras algunos laboristas regresan a las andadas del *loony left* o la izquierda locoide, los conservadores bajo Cameron pierden el estigma de ser el partido *nasty* y desagradable.

El giro que Cameron ha dado al partido que lidera es de poco menos de 180 grados pero se apoya en datos y sobre todo en tendencias y acti-

tudes muy constatadas y muy contrastadas en la sociedad británica. Cuando Cameron anuncia que quiere hacer avanzar la fronteras de la sociedad y elevar la función y el papel de la sociedad en la cosa pública con su lema *roll forward the frontiers of society* sabe muy bien que navega con vientos favorables. El verdadero voluntariado, el que no depende de los presupuestos del Estado, está muy bien implantado en Gran Bretaña desde el siglo XIX y el reinado de la Reina Victoria y ha estado presente desde mucho antes. Llamémoslo el vigor de la ética protestante. Por ello Cameron apela a la constelación existente en el Reino Unido de asociaciones y grupos, algunos muy conocidos, de proyección nacional y también internacional, otros muy locales, que se involucran en labores humanitarias y solidarias, ecológicas y culturales que conforman la auténtica columna vertebral de la sociedad británica.

Cameron quiere dar mayor protagonismo a todo este enorme colectivo de acción cívica en el mejor sentido del término y ofrece todo el apoyo necesario para que pueda asumir responsabilidad, con conocimiento y cercanía, sobre políticas sociales que son el feudo y el coto cerrado de una enorme burocracia alimentada por las administraciones locales. Como ocurre con muchas de las propuestas políticas de Cameron, por no decir todas, los detalles de esta “devolución” no han sido concretados. Esto puede ser porque son meramente globos sondas y están por definir, siendo esto lo que sospechan quienes dudan de la consistencia intelectual de Cameron, o porque el equipo del líder conservador teme que el partido laborista haga un nuevo asalto a la despensa de los *tories*, ahora resucitados, robe sus mejores iniciativas y les condene de nuevo a la miseria. Nadie, por lo pronto, sabe exactamente cómo el colectivo cívico y la sociedad del voluntariado han de andar brazo con brazo con agencias gubernamentales. Lo más que dice que Cameron es que quiere “repartir” el crecimiento económico de tal manera que le permita, por un lado, reducir impuestos, y, por otro, impulsar políticas sociales en colaboración con la ciudadanía.

En el marco del *compassionate conservatism* se vislumbra como más clara la apelación que hace Cameron por la Responsabilidad Social Corporativa, por todo el movimiento que, bajo el paraguas de *Business in the Community*, entiende que la empresa privada, auténtico motor de la economía,

ha de involucrarse y ser solidaria con el entorno en el cual opera. Amén de respetar el medio ambiente y de ser muy proactivos en cuestiones de Recursos Humanos como pueden ser la flexibilidad laboral, permisos de ma(pa)ternidad, formación continua, fomento de la diversidad y empleo de discapacitados, la empresa privada deberá asumir responsabilidad sobre su entorno físico inmediato y estar presente en los colegios locales, en las asociaciones de vecinos, en la mejora de espacios públicos e instalaciones deportivas y ante los múltiples retos a los cuales se enfrenta todo barrio. Asumir tales responsabilidades es una apuesta ganadora, una apuesta *win-win* como dicen los ingleses, porque da brillo a la reputación de la empresa en cuestión, espoleando con ello el interés de la comunidad inversora, blinda la lealtad de sus empleados, muchos de los cuales acudirán a programas de voluntariado local que patrocina la empresa, y facilita el reclutamiento del mejor talento puesto que los jóvenes bien calificados que pueden elegir entre distintas ofertas de empleo suelen optar por las compañías que tienen bien asumidos los temas de responsabilidad social. *Business in the Community* es ya un artículo de fe para las principales empresas cotizadas del Reino Unido y lo es, entre otras cosas, porque los llamados Fondos Éticos que invierten solamente en empresas que cumplen determinados estándares de responsabilidad social son crecientemente importantes. Lo previsible es que el sector privado socialmente responsable desarrollará un papel decisivo en la estrategia cameroniana de hacer avanzar las fronteras de la sociedad.

Uno de los asesores más cercanos de Cameron en el cuartel general del Partido Conservador es un consultor llamado Steve Hilton, que es uno de los mejores vendedores a las empresas del mundo anglosajón del concepto de Responsabilidad Social Corporativa. Amigo desde hace muchos años de Cameron, Hilton es autor de un libro llamado *Good Business*, Buen Negocio, en el cual describe una empresa energética, ficticia por supuesto pero que podía ser cualquiera de las conocidas, que es odiada por su arrogancia y sus abusos y que necesita urgentemente congraciarse con sus clientes y, por lo tanto, persuadirles de que está enmendando su desagradable perfil. El grupo energético se toma la cuestión muy en serio, cambia su logo, desarrolla una agenda muy ecologista y se convierte en un abanderado de la Responsabilidad Social. Al principio el público es muy escéptico pero pa-

sado un tiempo acepta que la empresa se ha cambiado de arriba abajo y aplaude su transformación. La historia de Hilton es toda una hoja de ruta para lo que pretende su amigo Cameron con el *nasty* Partido Conservador. Cuando se le preguntó exactamente esto a Hilton, el consultor se fue por las ramas y dijo que su libro *Good Business* es el fruto de las muchas horas de reflexión que había compartido a lo largo de quince años con su amigo Cameron.

La Responsabilidad Social Corporativa es considerada por sus críticos como un cínico ejercicio de *marketing*, lo cual, si no es más que eso, no tiene nada en sí de malo puesto que reparte beneficios cuantificables a la sociedad. El cinismo también abunda entre los comentaristas que han centrado su mirada en las técnicas de imagen que han impulsado el, de momento, irresistible ascenso de David Cameron. El tiempo dirá si Cameron es capaz de convertir en políticas duraderas todo lo que proyecta su personalidad de joven político comprometido con la sociedad de su tiempo. Lo que es incontrovertible, o lo es hasta donde aciertan las encuestas, es que ha sido ya capaz de cambiar la percepción de un Partido Conservador que era dado como perdedor nato, obsoleto e irrelevante. Cuando presentó su candidatura para liderar el partido en el congreso conservador que se celebró en Blackpool en septiembre de 2005, Cameron dijo que lo que quería es que una nueva generación “se enchufase”, *switch on*, al conservadurismo. Contemplando las filas de los delegados, cuya edad media les situaba, en el mejor de los casos, al borde de la jubilación, uno entiende la preocupación de Cameron. O Cameron consigue ese ansiado “enchufe” con quienes, al igual que él, todavía tienen que cumplir los cuarenta o los *tories* desaparecerán físicamente en muy pocos años.

La ventaja sostenida que Cameron mantiene en la intención de voto sugiere que como líder ha sido capaz de atraer a quienes nunca se habían considerado conservadores y esto, sin duda alguna, se debe a una muy estudiada y esmerada campaña de *marketing*. Cameron es todo un *junior* en el parlamento británico puesto que sólo ha cumplido una legislatura completa en la Cámara de los Comunes y el rapidísimo éxito que ha logrado al invertir las tendencias de las encuestas demuestra una sabia utilización de las técnicas de imagen. Es un *marketing* y son unas técnicas que no pue-

den menos que recordar a las del mejor Tony Blair. Una vez más estamos ante un joven dispuesto a renovar un viejo partido y a disputar con frescura las riendas del poder a todo un *establishment* político que ha perdido el contacto con la calle. La recompensa de los electores que se obtiene después de muchos años en el poder, como conoce muy bien todo político, es una fatiga generalizada y amplios deseos de cambio. Al igual que el primer Blair, Cameron repite hasta la saciedad que, al contrario del gobierno, él sabe escuchar, que quiere escuchar a todos y que lo que escucha le ayuda, de una manera singular, a él y a su equipo a elaborar políticas sensatas para el bien del país. Si los conservadores escuchan, no pueden ser el *nasty party*, como tampoco pueden ser desagradables si se preocupan por los glaciares del Polo Norte y las sociedades fallidas en África.

Al estilo de Ségolène Royal en Francia, Cameron ensaya mucho la llamada democracia participativa y su agenda está abarrotada tanto de reuniones sectoriales como interprofesionales en las cuales quiere dar voz a los que son, o podrían ser, sus votantes. Las ideas que va elaborando sobre la Responsabilidad Social Corporativa, por ejemplo, son fruto de una intensa discusión en Londres que se prolongó casi todo el día y en la cual participaron importantes empresarios y ONGs de toda índole. A la vez Cameron se ha convertido en un incansable *bloggero* y en un entusiasta del *podcast*.

Cameron se vuelca en aparecer cercano y fiable. Tiene una cara algo aniñada, pinta de chico bueno y habla despacio con toques de humor y de ironía. Inspira confianza con su sinceridad y con su aparente dominio de los temas que explica, pero se quita importancia a sí mismo, que es algo que aprecian mucho los británicos, y es todo menos pomposo y pedante. Cuida mucho su imagen visual. Como todo profesional de los medios audiovisuales, y Cameron lo fue antes de entrar en política, el líder conservador, al igual que sus asesores de imagen, sabe perfectamente que nadie pone mucha atención a lo que dice el político que aparece en la televisión ni, mucho menos, recuerda lo que éste a dicho. Lo que el telespectador retiene en la retina es la imagen, la cara y la vestimenta, el tono de voz y el gesto. Casi de inmediato el votante sabe si esa persona que aparece en pantalla es digna de su confianza. Contemplando a los políticos en la televisión, los votantes “escuchan” con los ojos. Como todo buen político, Cameron sabe

que tiene que poder decir con cercanía y con convicción: me conocéis y sabéis las cosas en las cuales creo y quiero que me acompañéis. El éxito consiste en que le acompañen a él más que a su adversario.

¿A dónde le va a acompañar a Cameron el votante británico? Evidentemente al centro político, espacio que en la memoria histórica de los *tories* es conocido como *One Nation Conservatism*, el conservadurismo de una nación. El término viene indirectamente de una novela política escrita por Benjamín Disraeli, el encantador y experto premier *tory* del XIX, llamada *Sybil, or the Two Nations*. La novela está olvidada pero todo conservador que se precie sabe que contiene una atroz descripción del Reino Unido: “Dos naciones entre las cuales no hay comunicación ni simpatía; que son, cada una de ellas, tan ignorantes de los hábitos, de los pensamientos y de los sentimientos de la otra que podrían vivir en planetas distintos: los ricos y los pobres.” A lo largo de la década de los cincuenta y de los sesenta, el conservadurismo de una nación fue el estandarte de los conservadores que habían heredado el Estado de Bienestar que fue construido por los gobiernos laboristas en la inmediata posguerra. Importantes políticos conservadores como Harold Macmillan y su eterno rival Rab Butler convivieron perfectamente con el *Welfare State* hasta que la inevitable fatiga electoral devolvió la batuta electoral a los laboristas. El *cleavage* rupturista que lideró Margaret Thatcher en los ochenta enterró el *One Nation Conservatism* y todo indica que Cameron, con su preocupación social, se dispone a resucitarlo. Cameron recuerda mucho más al aristocrático Macmillan, que también se educó en Eton y en Oxford, que a Thatcher, hija de un comerciante, que llegó a esa misma universidad desde un colegio público y abriéndose el camino a codazos.

Más allá de frases felices como la de avanzar las fronteras de la sociedad, lo que está por ver es la disposición real de Cameron a la hora de reformar el Estado de Bienestar con una gestión propia de la economía de mercado que la inyecte de competitividad, mejore sus prestaciones y asegure su sostenimiento. Está por ver si está dispuesto a prometer una rebaja de impuestos siendo esto, a la vez, lo que más demanda el tradicional electorado *tory* y un tema sobre el cual Cameron, de momento al menos, evita pronunciarse. Los conservadores de la vieja escuela se inquietan cuando

Cameron dice que más que el *Gross Domestic Product*, el Producto Nacional Bruto, lo que le interesa es el *General Wellbeing*. Esto es un juego de palabras que se apoya en la aspiración de *wellness*, una combinación equilibrada de felicidad y salud física y mental, que está muy de moda y se repite mucho entre los jóvenes de las sociedades desarrolladas. No está nada claro cómo un político puede proveer al individuo de un bienestar general pero esto último de momento no importa. La prioridad de Cameron es crear la imagen de un partido amable y relevante y en clara sintonía con las nuevas generaciones de un país dinámico, multicultural, diverso, de pleno empleo y prospero, que ha cambiado mucho y que cambiará más. Los conservadores de la vieja escuela se podrán inquietar, pero Cameron es miembro de pleno derecho de la tribu *tory*, y además puede muy bien ser su última esperanza.